

# El ecologismo

Domenique Simonnet

Editorial Gedisa

Barcelona, 1980

Este material se utiliza con fines  
exclusivamente didácticos

---

## PRÓLOGO

Entre 1830 y 1848 nada hacía pensar que el protagonista del movimiento social sería el movimiento obrero. Hace apenas unos años nada hacía pensar tampoco que el movimiento ecologista iba a cuestionar la lógica económica y el sistema industrial, así como el control social de los medios tecnológicos. Hoy son centenares los grupos, colectivos, asociaciones y entidades en todo el Estado español que se autodefinen como ecologistas, ambientalistas y proteccionistas. Todos ellos configuran un pre-movimiento social cuyas consecuencias son aún imprevisibles. Si cuando se promovieron los Planes de Desarrollo franquista hubiese existido ya semejante guerrilla social los tecnócratas habrían encontrado una dura resistencia a sus proyectos industriales. Pero en nuestro país, como en otras geografías subdesarrolladas, la falsa dialéctica “progreso o caos” (que aquí era como decir vuelta a las cartillas de racionamiento de la postguerra) convenció a millones de trabajadores. Los proletarios no intuyeron que a la expansión de la tecnosfera (ciudades, fábricas, máquinas, coches...) iba a corresponder una contracción de la biosfera. Que en términos de riqueza natural, el crecimiento económico iba a empobrecernos.

El desarrollo brutal de las fuerzas productivas comportó que se levantaran concentraciones urbanas e industriales monstruosas que facilitaron una política migratoria y demográfica centralista y deshumanizada. Así, mientras el campo se abandonaba y desertizaba, la población se iba concentrando en áreas como Barcelona, Madrid y Bilbao, donde los trabajadores, desplazados de su medio natural y de su cultura, se han visto obligados a vivir en condiciones de insalubridad, en ocasiones muy por debajo de los niveles exigidos por la Organización Mundial de la Salud. Miles de seres humanos fueron en busca de un puesto de trabajo y un lugar para el futuro de sus hijos en estos conglomerados urbanos, resultando finalmente machacados por la sociedad de consumo, la alienación cultural y el ritmo del productivismo. Males del “progreso”, precio del nivel de vida, imprescindible camino para colocar al Estado español entre las primeras diez potencias mundiales. Pero a menudo se olvida que este puesto entre los países “avanzados” lo estamos pagando con una deuda exterior superior a los 15.000 millones de dólares que el Estado y el INI han contraído con la gran banca norteamericana. Sin embargo todos los políticos están de acuerdo. Socialistas, comunistas, conservadores y liberales, en la clandestinidad del oscurantismo franquista o fuera de ella, coinciden en que “este progreso” no se puede detener; en que la maximalización del Producto Nacional Bruto y del consumo energético es directamente proporcional al bienestar del pueblo. Este es el discurso economicista dominante, ya se cite a Adam Smith, Stuart Mill, Marx o Keynes. ¿Cómo van a desconfiar los trabajadores de este modelo si las organizaciones que velan por sus intereses no les ofrecen otra alternativa de cambio!

Este desarrollo de las fuerzas productivas, gracias al cual la clase obrera podría romper sus cadenas e instaurar la libertad universal en realidad lo que ha hecho es desposeer a los trabajadores de sus últimas parcelas de soberanía, ha radicalizado la división entre trabajo manual e intelectual y ha destruido las bases materiales de un poder de productores. El modelo industrial iniciado con el Plan de Estabilización de 1959 y los Planes de Desarrollo acordados con el Banco Mundial ha conducido a la actual situación de crisis, cuyas nuevas dimensiones el marxismo no había previsto y sobre las que el socialismo parece impotente para darles respuesta. Crisis del trabajo, crisis de la economía monetarizada, crisis de nuestra relación con la Naturaleza; crisis de relación entre individuos, crisis con nuestro cuerpo, con el sexo opuesto, con nuestra descendencia, con nuestra historia. La tecnología no puede resolver nuestros verdaderos problemas, que son especialmente de orden biológico y social. La idea de que la tecnología vencerá todos los obstáculos está resultando ser la más perniciosa que haya gestado el espíritu humano. Hay que tener una total humildad: no hay soluciones tecnológicas para los problemas de la biosfera. En efecto, nos hallamos ante las consecuencias biológicas de una industrialización cuyos métodos han ido olvidando progresivamente los fines prometidos a la población.

El movimiento ecologista surge como una respuesta a esta agresión, como un intento de hacer que el hombre rectifique su conducta de falaz dominio de la Naturaleza y de expoliación de sus recursos. El ecologismo es un grito de esperanza con el objetivo de recuperar la felicidad perdida y el verdadero sentido de la política.

Sin la carga contracultural que el ecologismo tuvo en sus inicios en los Estados Unidos, Francia o Gran Bretaña, en el Estado español aparece como un fenómeno reciente vinculado a las organizaciones populares, al movimiento libertario y a los grupos de defensa del territorio. La “vanguardia” revolucionaria estudiantil, los partidos políticos y los sindicatos se han encontrado al margen, desbordados ante un pre-movimiento social que destruye no sólo el mito del desarrollo capitalista, sino que se enfrenta a la vez con el socialismo de crecimiento, que se le parece como a un hermano. Esta es una de las razones por las que el

movimiento ecologista, cuya filosofía analiza con gran espíritu crítico Dominique Simonnet, es rápidamente sometido a un *ghetto*. Ante las dificultades por parte del “sistema” para integrar las acciones antinucleares y la incomodidad de la “izquierda” frente a la subversión cotidiana de los ecologistas, se opta por la marginación y el descrédito.

El magma ecologista, sin líderes profesionales de la política, logra en menos de cinco años un impacto en la opinión pública como nunca en la historia de la sociedad moderna haya logrado un movimiento social o una escuela filosófica. Tanto es así que los ecologistas, como dice Edward Goldsmith, “están llamados a convertirse en una fuerza intelectual y política importante con la que habrá que contar de ahora en adelante”. Teniendo los medios de información en contra, dado el discurso economicista dominante, y las cátedras ensimismadas en la objetividad de la ciencia, no ha sido fácil introducir elementos de credibilidad y responsabilidad social. Los ecologistas han sido presentados, y lo siguen siendo, como unos *hippies*, ingenuos soñadores del regreso a la Naturaleza o malignos partidarios del regreso a las cavernas, según el ideólogo o editorialista de turno. Convencidos de que el único potencial revolucionario es el que parte de la conciencia de clase, los eurocomunistas y los socialistas despreciaron desde un principio la filosofía antiproductivista del movimiento verde, temiendo las consecuencias traumáticas que iba a provocar en el proletariado industrial. Algunos lo siguen haciendo con honestidad ideológica, otros por puro revanchismo al no poder controlar el carácter rupturista, radical y autónomo de la lucha antinuclear. Últimamente hemos visto acercamientos e intentos de asimilación que hacen prever posturas de mayor respeto.

Dadas las características del modelo industrial impuesto en los años sesenta, la corrupción que generó y el monopolio radical del complejo técnico-científico, el ecologismo ha surgido en nuestro país como una lucha sin claudicaciones ni consensos. La profunda degradación de las condiciones de vida por un urbanismo basado en el culto al automóvil; la expropiación de las mejores tierras de reserva ecológica para minas de uranio e industrias altamente contaminantes; la muerte biológica de los principales ríos; la degradación del litoral por un turismo artificial y el sometimiento de las nacionalidades por la oligarquía electronuclear, no podían tener otra respuesta que un combate por la supervivencia. Esta respuesta la están dando miles de habitantes por distintos motivos, por diversas agresiones y desencantos políticos. Son gentes que surgen inesperadamente para oponerse a una nueva autopista, a una gran central térmica, a la instalación de una planta de cemento, a la ampliación de un campo militar o a la construcción de una central nuclear. Son miles de ciudadanos sensibilizados por la atmósfera envenenada de sulfuroso y metales pesados de las grandes ciudades; son las iras de los agricultores ante la contaminación de los ríos que atraviesan sus huertas; es la resistencia de los habitantes de las comarcas interiores que quieren impedir la destrucción irreversible de su calidad de vida. El cáncer provocado por los años del crecimiento ha comenzado a hacerse sentir en el tejido social.

No todos los que han empezado a movilizarse para la defensa del medio ambiente y la ecología tienen una misma concepción de cómo hay que seguir luchando y qué alternativas hay que exigir a corto y largo plazo. Esta característica diversificada y plural posibilita la extensión y la incidencia del movimiento en la sociedad. Los ecologistas se presentan quizá como la vanguardia política de esta desesperada voluntad de cambiar la sociedad industrial.

Hay sin embargo una diferencia notable entre el movimiento iniciado en nuestro país y el de otros países industrializados. La lucha antinuclear y la defensa de las energías de sustitución ha contado en Estados Unidos, y Europa Occidental con el apoyo de físicos, biólogos, antropólogos y sociólogos que han manifestado sus posiciones críticas. No ha sido este nuestro caso, ya que el subdesarrollo científico y la alienación cultural siguen impidiendo que la clase trabajadora entienda el mensaje ecologista como antagónico a sus intereses. Aunque factores inesperados pueden hacer variar esta situación. El accidente de Harrisburg, por ejemplo. El 28 de marzo de 1979 en la central americana de *Three Mile Island*, en Pennsylvania, se produce un fallo técnico y humano que provoca el accidente más grave de la energía nuclear civil. Las imágenes de la evacuación de centenares de mujeres en estado de gestación y niños fueron contempladas por millones de telespectadores. A partir de este suceso que conmocionó a la opinión pública y que demostró que el riesgo potencial denunciado por los ecologistas era cierto, se ha experimentado una evolución considerable en la actitud de la sociedad. En un año el movimiento antinuclear, sin haber conseguido una mínima infraestructura organizativa, experimenta un “boom” extraordinario. Después de Harrisburg las manifestaciones en Catalunya llegaron a superar las ochenta mil personas. Los científicos que se habían mostrado reacios a intervenir en el debate comienzan a tomar postura pública contra el riesgo atómico; algunos teóricos marxistas se preguntan si es posible una alternativa socialista aceptando la introducción de las megatecnologías. El panorama de las fuerzas pro y antinucleares se clarifica. Sólo los periódicos más reaccionarios no se manifiestan críticos ante las posibles consecuencias de un accidente

maximal –que provoque la fusión del núcleo– en un reactor nuclear. Editoriales y revistas inician una “escalada” en la publicación de temas relacionados con la ecología y la energía nuclear. Sin que podamos en ningún momento hablar de la existencia de un debate público, el tema está en la calle y con ello todo lo que comporta de reflexión sobre el modelo de sociedad que nos aguarda. Sólo los poderes públicos, las compañías eléctricas, el gobierno, los partidos políticos mayoritarios permanecen insensibles...

Ante esta situación política, teóricos como Michel Bosquet se preguntan si la revolución puede aún ser protagonizada por los obreros, convertidos en vigilantes, soldados o suboficiales del complejo militar-industrial, esclavizados por sus propias organizaciones sindicales, o si está en manos de los sin empleo, feministas, ecologistas, antimilitaristas y consumidores la única posibilidad de protagonizar el cambio.<sup>1</sup>

## LA ECONOMÍA DE LA ERA POSTINDUSTRIAL

Si la historia de nuestra civilización la escribiesen analistas que no adulasen el progreso científico-técnico, calificarían los años setenta como el período del desencanto y del fracaso de la era industrial. Las disciplinas tradicionales que se estudian en las universidades, ya se trate de economía política o de sociología, se han fundamentado sobre la experiencia del hombre industrial. Pero, ¿qué es una experiencia de unos lustros en relación con la historia de la Humanidad? Si hoy tenemos que hablar del fracaso de la ciencia económica, incapaz de resolver nuestros problemas, es porque la economía ha pretendido enunciar principios generales y permanentes, cuando éstos no se aplican más que en un período muy corto de la historia. Una economía estructurada sobre la explotación y la destrucción de los recursos fósiles no puede conducirnos a otra cosa que al fiasco social. Han sido necesarios tres mil millones de años para que se constituyeran las actuales reservas de petróleo y sin embargo un siglo habría bastado para agotarlas al ridículo precio de cinco, diez, veinte o treinta dólares el barril. Si las materias primas, patrimonio de la colectividad planetaria, se hubiesen pagado desde un principio en función de su valor “ecológico”, monetariamente incalculable, la revolución industrial no habría sido posible. El gigante del desarrollo tiene pies de barro y ahora empezamos a darnos cuenta.

El documento más subversivo de nuestro siglo fue sin duda el informe sobre los límites del crecimiento, expuesto por el profesor D. H. Meadows y algunos científicos del Massachusetts Institute of Technology ante el Club de Roma en 1972. Difícilmente un documento oficial como aquél –a nadie se le oculta la financiación que tuvo a cargo de la Volkswagen, la Fiat y la Fundación Ford– pudo haber ofrecido tantas armas a las fuerzas revolucionarias para ir contra las formas de vida burguesa y contra la sociedad de consumo. Pero la izquierda, ya sea por mantener el dogmatismo del incremento de las fuerzas productivas propuesto por Marx, o por el oportunismo de las tesis socialdemócratas no introdujo el factor de agotamiento de los recursos en sus análisis críticos. Sólo algunos teóricos marxistas, como Wolfgang Harich y Rudolf Bahro, empiezan a referirse a un comunismo sin crecimiento, aunque desde posturas autoritarias.

En 1974 se celebró en Roma la Conferencia Mundial sobre el Hambre bajo los auspicios de la Organización para la Alimentación y la Agricultura (F. A. O.) de las Naciones Unidas. En la conclusión de esta conferencia se diagnosticó que al final del decenio el hambre en el mundo se habría terminado. Ridícula profecía. A principios de los ochenta más de ochocientos millones de seres humanos de los países del Tercer Mundo viven en unas condiciones tan penosas que incluso no llegan a satisfacer las exigencias indispensables en materia de alimentación, vivienda, sanidad y educación. En 1979 cincuenta millones de personas, de las cuales diecisiete millones eran niños menores de cinco años, murieron de hambre. Este es el resultado de la economía idolatrada tanto en los países occidentales como en los países que integran el bloque soviético. Es más, no convencido de los genocidios que este modelo provoca, el Banco Mundial a través de sus instituciones financieras de crédito quiere introducirlo en los países llamados “pobres” y llevarse a cuenta sus riquezas naturales (petróleo, uranio, cobre, fosfatos, madera...).

La economía no ha podido resolver el hambre en el mundo pero sí engordar al complejo industrial-militar. A cada minuto que pasa, los estados industriales del planeta invierten un millón de dólares en armamento. El total del presupuesto militar de los países industrializados sobrepasa anualmente la cifra de 400.000 millones de dólares. Esta fabulosa inversión tiene como objetivo la muerte, la destrucción, la explotación del hombre por el hombre y el equilibrio del terror. Ni siquiera un 0,5 % del PNB de estos países se destina a luchar contra la injusticia de la desnutrición de millones de seres. Esta economía, venerada como una religión, es responsable de que cada año se escapen a la atmósfera 500.000 toneladas de plomo; de que desaparezcan 6 millones de hectáreas de bosques; de que la inflación, el paro y enfermedades como el cáncer

---

<sup>1</sup> André Gorz (Michel Bosquet), *Adieux au prolétariat*, Editions Galilée, Paris, 1980.

sean males institucionalizados. Los economistas han violado las leyes de los propios científicos, entre ellas los principios de la termodinámica, de la biología evolucionista, de la ecología y de la organización social.

La ecología, y el movimiento sociopolítico a que ha dado origen, intenta resolver todos los graves problemas con los que tenemos que enfrentarnos –paro, educación, vivienda, agricultura, energía, organización social, gobierno, consumo– de una forma global, no aislándolos entre sí. Abordándolos en su interdependencia. Nos lo enseña la misma definición de la ciencia ecológica, disciplina que estudia las interrelaciones de los seres vivos con su entorno. Los elementos que constituyen un *ecosistema* tienen relaciones de interdependencia generalmente ignorada. Estas le confieren una unidad de comportamiento y una identidad, haciendo de él un “sistema natural”, como lo es un organismo biológico o una familia. La ecología muestra que no se pueden modificar impunemente estas relaciones como lo ha venido haciendo la actividad económica del industrialismo. Es necesario clarificar. A menudo se nos opone la economía a la ecología, sin encontrar la vía que permita comprender que la ecología es la inspiración de la nueva economía del mundo postindustrial. De esta forma se constituye como un elemento clave en la investigación y la preparación del mundo mejor que deseamos para nuestros hijos. El economicismo contemporáneo es el pasado. La ecología, el futuro convivencial y estable.

El término ecología parece haber sido ignorado por la inmensa mayoría de estudiantes que participaron en el Mayo del 68. Rudi Dutschke, uno de los protagonistas de aquella rebeldía, intentó acercarse a los planteamientos ecologistas cuando le sobrevino la muerte. Sin embargo, la palabra fue empleada ya a mitades del siglo XIX por un naturalista-trascendentalista de Nueva Inglaterra llamado Henry David Thoreau. Aunque el origen del término es dudoso en general se acepta que fue el biólogo alemán Ernst Haeckel, discípulo de Darwin, quien en 1866 definió la ecología como “el conjunto de conocimientos referentes a la economía de la Naturaleza”; es decir, el estudio de las complejas interrelaciones a las que Darwin se refería como las condiciones de la lucha por la existencia. En este mismo sentido, aunque con variantes, se pronunciaron el ecólogo inglés Charles Elton (*Historia natural científica que se ocupa de la sociología y economía de los animales*), el norteamericano Frederick Clements (*La ciencia de la comunidad*) y el ecólogo también norteamericano Eugene Odum, padre de la ecología según Edward Goldsmith (*El estudio de la estructura y función de la Naturaleza*). En 1931 los biólogos H. G. Wells, J. Huxley y G. P. Wells, en su tratado *The Science of Life* definieron la ecología como la economía de la Naturaleza. Parece pues evidente que esta ciencia debería ser la base de toda actividad económica que fuese respetuosa con los ecosistemas. Por el contrario, toda actividad que transforme los equilibrios naturales debe ser calificada de contraria a una economía humana. Y es precisamente en esta definición sociológica donde se justifica con más claridad la acción política del ecologismo.

Ante la nueva era postindustrial plantearse a fondo la naturaleza del progreso técnico, de la organización del trabajo y de la economía, es una cuestión vital para el ecologismo. A nadie se le puede escapar esta tremenda realidad. Si las fuerzas políticas que se autocalifican hoy herederas del socialismo acceden al poder, se hallarán frente a este impresionante factor de rigidez que es la herencia tecnológica. El cambio de una sociedad capitalista a una sociedad socialista no implica ya un replanteamiento del proceso técnico y de la máquina productiva. Michel Bosquet ha escrito que nada podemos esperar de la izquierda clásica cuando llegue lo peor; que todos los que rehusan abordar la cuestión de una equidad sin crecimiento, demuestran que el socialismo, para ellos, no es más que la continuación por otros medios de relaciones sociales y de la civilización capitalista, del modo de vida y modelo de consumo burgués. El modelo de sociedad que nos ofrecen socialdemócratas y eurocomunistas sigue siendo el de una sociedad jerárquica, tecnocrática, centralizada y productivista. Al combate ecologista se le suele llamar el “último combate por la vida”, la última esperanza de que todos los parias vean cambiar sus miserables condiciones de existir. Por ello es urgente extender la ideología y la acción, para que la desesperanza no cunda y se generen traumas irreversibles.

Hay que enfrentarse con coraje a los profetas de la revolución industrial. Coraje porque los que militamos en el campo antiproductivista sabemos de las calumnias y desprecios a los que somos sometidos. Hay que destruir la idolatría que ha hecho de la ciencia una religión en la que se debe tener una fe incondicional. Es urgente tener el valor de cuestionar la objetividad del progreso tan venerado por unos y otros. Las guerras coloniales, especialmente Vietnam, han confirmado lo absurdo que es pretender separar las técnicas de sus usos y fines. ¿Acaso se pueden olvidar los genocidios de Hiroshima y Nagasaki y los biocidios en Vietnam, Laos y Camboya? En 1969, más de un millón de hectáreas de tierra cultivable y de bosques de Vietnam del Sur fueron sometidos a la acción de los herbicidas y defoliantes, haciendo imposible la vida en aquella región. Según el profesor de biología Matthev Meselson, de la Universidad de Harvard, de 1964 a 1969 el ejército estadounidense empleó 50.000 toneladas de defoliantes, 7.000 toneladas de gas neurótico CS y se arrojaron más de seis millones de dosis de gas CS. La potencia alcanzada por la tecnología

en la clamada sociedad industrial en lugar de liberar a la persona ha servido para masacrarla, vinculando la ciencia a una utilización militar y a un deseo de destrucción, violencia y muerte. Y pensar que la mitad de los científicos de todo el mundo trabajan al servicio del complejo militar-industrial!

El descubrimiento de la energía de la fisión no ha hecho más que producir nuevos interrogantes sobre el futuro de la Humanidad. A raíz de la bomba sobre Hiroshima murieron noventa mil personas, doscientas mil resultaron afectadas por las radiaciones y nacieron centenares de nulos deformados debido a la alteración cromosómica provocada durante el tiempo de gestación de la madre. Los científicos aseguran que los efectos genéticos de la radiactividad esparcida sobre el país no desaparecerán hasta mitades del siglo XXI. Sin embargo, el hombre ha seguido usando la energía nuclear para fines militares, haciendo explotar bombas termonucleares en las islas del Pacífico, los Urales y los grandes desiertos americanos, incrementando la radiactividad artificial y la presencia de estroncio, cesio y plutonio en la atmósfera. La contaminación del mar, en las zonas donde se han llevado a cabo estas experiencias, como las islas Bikini, el plancton ha dado una radiactividad de 100 desintegraciones por segundo y por gramo. Los riesgos de la proliferación horizontal y vertical de armas nucleares es el quinto jinete que amenaza a las futuras generaciones.

A medida que se impone la nueva colonización a través del complejo industrial-militar se incrementa la conciencia de vivir en un mundo apocalíptico que camina hacia su autodestrucción. Las clases obreras se hallan sometidas por el poder de las multinacionales y las estrategias industriales de los organismos financieros. El aumento del nivel de vida exige la explotación de los recursos naturales de los países “pobres”. ¿Cómo detener esta máquina infernal?

La conciencia ecológica, como señala Edgar Morin, nos plantea un problema de una profundidad y amplitud extraordinarias. Nos obliga a poner en cuestión la orientación misma de la civilización industrial que ha “triunfado” en base a tres principios organizadores, y que son ahora la causa de la rebeldía: la separación cartesiana del hombre-sujeto en un universo de objetos manipulables; la ciencia concebida como conocimiento objetivo que no se preocupa de su propio sentido ni de su fin y que, por esa misma razón, se convierte en instrumento de todo tipo de poderes y potencias; finalmente, la idea burguesa, y luego marxista, del hombre conquistador de la Naturaleza.

Existen algunos mitos de la filosofía económica que engendró la revolución industrial que es necesario estudiar para reconocer las degeneraciones que han originado. Voy a precisar, por ejemplo, algunas de las reflexiones respecto a las limitaciones de la teoría marxista para analizar la crisis ecológica. El desarrollo de las fuerzas productivas, gracias al cual la clase trabajadora podría romper sus cadenas, ha desposeído a los proletarios de sus últimas parcelas de autonomía. En su tratado *Adiós al proletariado*, Michel Bosquet considera que la “ideología del movimiento obrero tradicional valoriza y perpetúa la obra empezada por el capital: la destrucción de las capacidades de autonomía de los proletarios”.

El marxismo ha privilegiado por otra parte el concepto de *valor trabajo*, cuando los recursos naturales tienen un valor que no viene dado por el trabajo del hombre, generando una reata del suelo y del subsuelo en forma de oxígeno, agua y materias. Es decir, se han despreciado unos bienes que nos permiten vivir, comer y beber, marginándolos del análisis de la lucha de clases. Ha existido asimismo un desprecio de la teoría marxista hacia las leyes de la termodinámica y en concreto de su segundo principio que nos indica que la energía, una vez que se degrada, no es susceptible de ser utilizada de nuevo. Parece absurdo que el movimiento del sistema económico, tanto en el bloque soviético como en los países occidentales, se siga sosteniendo sobre esta degradación de la energía (pérdida de entropía). Difícilmente podrá perpetuarse un modelo construido sobre la energía contenida en los *stocks* de materiales existentes en el planeta. La ley de la *entropía*, como base de una nueva teoría económica, ha empezado a ser divulgada por economistas como Georgescu-Roegen,<sup>2</sup> Hermann Daly y Gerhard Mensch.

Otro de los aspectos en que inciden los ecologistas es la valoración del potencial revolucionario de la subjetividad. Es necesario dar un valor a nuestra propia historia, a nuestras pasiones, alegrías y tristezas, y no únicamente a nuestra existencia social. El amor, el odio, la esperanza y la desesperanza son aspectos no materiales, pero que marcan profundamente nuestra vida. En un aspecto económico, no son factores que puedan ser considerados “fuerzas de producción”, pero no son menos decisivos que la “conciencia de clase”.

El ecologismo rompe con la concepción antropocéntrica de la Naturaleza y propone una economía convivencial en oposición a la economía monetarizada que ha caracterizado a la era industrial. Si la economía debe servir a partir de ahora para alcanzar la felicidad, hay que redefinirla en base a tres principios

---

<sup>2</sup> Nicholas Georgescu-Roegen, *Energy and Economic Myths, Institutional and Analytical Economics Essays*, Pergamon Press, N. York, 1976. Juan Martínez Alier y José Manuel Naredo, *La noción de fuerzas productivas y la cuestión de la energía*, Cuadernos de Ruedo Ibérico, mayo-diciembre de 1979.

universales: 1) La toma de conciencia “intuitiva” de que el bienestar ya no puede ser alcanzado por medios preconizados en una visión y en una política económica que otras situaciones históricas han justificado, pero que la realidad actual invalida. 2) Que no se puede producir bienestar si no es con la integración equilibrada de la economía monetarizada y no-monetarizada. 3) Que la oposición entre bienestar material y bienestar espiritual está mal planteada. En realidad los dos no se encuentran totalmente diferenciados más que en el cuadro de una filosofía reduccionista y positivista que ha hecho de la noción de ciencia un *ersatz* de la religión o, lo que es peor, de la superstición.

El significado del movimiento ecologista, señala el economista Orio Giarini,<sup>3</sup> es distinto y mucho más profundo que el de los movimientos de protesta que surgieron a lo largo de la sociedad industrial. No se trata de erigirse contra los desequilibrios transitorios de una evolución en curso que el hombre ha querido, como el caso de los movimientos lúdicos. Se trata de abrir camino hacia la sociedad postindustrial con creatividad, imaginación y capacidad. Por primera vez se trata de contribuir no a una visión universal del mundo occidental, sino a una toma de conciencia planetaria de la apropiación justa y eficaz de los recursos naturales.

### HISTORIOGRAFÍA DE LA ECOLOGÍA POLÍTICA

Una primera hipótesis de partida nos sitúa a la ecología política como una influencia tardía en el orden ideológico del inicio de la era nuclear como consecuencia de los genocidios de Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945, en los que se experimentó por primera vez el enorme potencial destructor del armamento atómico. Antes de estos genocidios, Lewis Mumford, en 1934, había reclamado un cambio de actitud de la civilización tecnológica a través de su célebre ensayo *Técnica y Civilización*. Pero serían las observaciones científicas llevadas a cabo después de la Segunda Guerra Mundial sobre los efectos de las radiaciones ionizantes en el organismo humano, en el ciclo alimenticio y en los ecosistemas, las que sensibilizarían a grupos de investigadores y a un sector de la opinión pública internacional.

El propio Albert Einstein, premio Nobel de Física y autor de la Teoría de la Relatividad, después de contemplar horrorizado las fotografías que le mostraron de Hiroshima y Nagasaki, declaró: “En toda la historia de la Ciencia, la fabricación de la bomba atómica es la falta más grave que han cometido los científicos”. Entre los responsables de la construcción de la primera bomba atómica, el científico danés Niels Bohr, el físico alemán James Franck y el físico húngaro Leo Szilard trataron de evitar la catástrofe oponiéndose al empleo bélico del descubrimiento de la fisión de los átomos de uranio. Pero tras la muerte de Roosevelt fueron sometidos al oscurantismo por los científicos que influyeron sobre Truman: el matemático Vannevar Bush, el químico James Conant y los tres premios Nobel, Arthur Compton, Enrico Fermi y Ernst Lawrence, así como Robert Oppenheimer, todos ellos partidarios del empleo militar y asesores del secretario de Estado, James Byrnes. Desde entonces el complejo militar-industrial ha estado apoyado sobre una superestructura científico-técnica que está suponiendo los mayores presupuestos de los estados atómicos. Los proyectos sobre la fisión, la investigación de reactores de neutrones rápidos, los aceleradores gigantes de partículas y los satélites solares forman parte de la estrategia entre militares y científicos, iniciada con los comités de enlace del proyecto “Manhattan District” del que surgió la bomba atómica.<sup>4</sup>

En 1950 otros especialistas empezaron a introducir la óptica ecológica en las investigaciones sobre otras técnicas como los pesticidas, abonos y plásticos. El DDT, que había sido durante la guerra y la postguerra un producto para combatir los piojos y erradicar el paludismo, concentró una gran parte de las investigaciones al comprobarse los efectos cancerígenos sobre los seres vivos a través de la alimentación. Sin embargo, estos trabajos no lograron conmocionar a la opinión pública como se podía esperar. Eran los años del “milagro económico alemán” y de la creencia multitudinaria de que todos los descubrimientos servirían para aumentar el nivel de vida tras las frustraciones de la depresión. Este triunfalismo entraría en crisis a partir de 1973, tras los primeros embargos del petróleo.

Para Ivo Rens, profesor en la Universidad de Ginebra, y Jacques Grinevaldi, profesor en el Instituto Universitario de Estudios sobre el Desarrollo de Ginebra, la concienciación internacional sobre las consecuencias de la proliferación nuclear parece que jugó un papel decisivo en la conclusión del Tratado de Moscú, el 5 de agosto de 1963, del que resultaría la prohibición parcial de las pruebas nucleares por sus efectos en la atmósfera y en las aguas. Pero parece también creíble que este hecho retardaría en cerca de diez años la difusión de la ecología política, iniciada en los Estados Unidos con la publicación en 1962 del libro de Rachel Carson *Silent Spring* (Primavera silenciosa). El marco teórico de la contestación económica contra

<sup>3</sup> Orio Giarini, *Ecologie, économie et recherche du bien-être*, CADMOS, primavera de 1979, Ginebra.

<sup>4</sup> Bertrand Goldschmidt, *Le complexe atomique*, Fayard, París, 1980.

la era nuclear fue establecido por dos científicos americanos Eugene P. Odum, quien en 1963 publicó un manual sobre ecología, y Barry Commoner, profesor de ecología y autor de un texto universal, *Science and Survival*, una especie de manifiesto para la supervivencia.

Serán los nuevos acontecimientos militares, especialmente la guerra química, biológica y bacteriológica de Vietnam, los que despertarán definitivamente la indignación en algunas instituciones científicas. Las críticas al presidente Eisenhower fueron las más duras hechas jamás contra un presidente de los Estados Unidos. En 1966 más de cinco mil investigadores americanos, entre los que se encontraban diecisiete premios Nobel, protestaron contra el lanzamiento de productos fitotóxicos sobre Vietnam fabricados por grandes empresas multinacionales como la Dow Chemical, Thomson y Hayward.<sup>5</sup>

Con las aportaciones teóricas de Barry Commoner, Lewis Mumford, Aldous Huxley, Paul Ehrlich, René Dumont, Nicholas Georgescu-Roegen, Eugene P. Odum, Ivan Illich y otros, el movimiento ecologista inicia su incidencia en la sociedad civil. El informe sobre los límites del crecimiento presentado en 1972 en el Club de Roma por el profesor Meadows del MIT, junto con el manifiesto del equipo de la revista inglesa *The Ecologist* titulado "A Blueprint for Survival", aportaron elementos de crítica científica suficientemente relevantes para que los grupos ambientalistas iniciaran la definitiva politización de sus campañas.

La aparición de un movimiento paralelo de economistas contrarios a las teorías del crecimiento y partidarios de un modelo respetuoso con los principios de la termodinámica, encabezado por Georgescu-Roegen, Howard T. y Elisabeth C. Odum, Amory Lovins y Teddy Goldsmith entre otros, posibilita una salida alternativa a la crisis de civilización capitalista. El libro de E. F. Schumacher, *Small is beautiful* (Lo pequeño es hermoso) es traducido a todas las lenguas y consigue récords de venta en todos los países industrializados.

La teoría del crecimiento cualitativo, la formación de sindicatos de cuadro de vida y el desarrollo de las energías renovables irrumpen en todo el panorama político clásico. Conservadores, liberales, socialistas y comunistas, aposentados en el confort del mito del crecimiento, empiezan a no hallar justificaciones económicas para resolver el paro, la inflación y la crisis energética. Keynes ha muerto. ¿Y Marx? ¿Acaso las teorías marxistas más revolucionarias no se encuentran también en un callejón sin salida? Todos los parlamentos occidentales se ven sorprendidos por el creciente auge de los movimientos sociales mientras se acentúa el abstencionismo electoral. La ecología política se va estableciendo día a día como un puzzle integrado por una disciplina científica basada en la economía de los ecosistemas y una moral crítica frente a la civilización industrial. El carácter más destacado del movimiento ecologista se encuentra estudiado con rigor en el trabajo de Dominique Simonnet, periodista de *Le Sauvage* y animadora de la asociación Amigos de la Tierra de París. El mérito de *El ecologismo* es el de divulgar toda la dimensión de nuestro movimiento, de cuestionar el determinismo científico y técnico, de interrogarse sobre la influencia del pensamiento científico en la elección del tipo de sociedad y de las formas futuras de vida y trabajo de la población.

## ECOTÁCTICAS

En los últimos años el movimiento ecologista ha iniciado una "escalada" en su intervencionismo político, especialmente en los Estados Unidos donde junto con Alemania Federal, los grupos antinucleares se hallan más radicalizados. En Norteamérica los grupos contestatarios surgieron tras las manifestaciones críticas de los científicos del Sierra Club, organización ambientalista fundada en 1892 en California, disidentes del M.I.T., de la Union of Concerned Scientists y del Worldwatch Institute. Apoyándose en esta estructura científica surgió la organización *Friends of the Earth* (Amigos de la Tierra) que no tardó en establecer sedes en la mayoría de países industrializados. El eje París-Londres-San Francisco de los "Amigos de la Tierra" ejerce actualmente una gran influencia en el movimiento ecologista europeo. De las instituciones científicas americanas mencionadas se nutre una gran parte de la información que circula en medios ambientalistas y ecologistas. En más de una ocasión se han patrocinado desde San Francisco estrategias como el "Día del Sol" y determinadas campañas antinucleares. ¿Por qué el boicot contra la Westinghouse por la exportación de reactores a Filipinas y no contra la General Electric que los exporta a otros países? Algunos destacados líderes alemanes y franceses han efectuado estudios de tecnologías alternativas, energía y medio ambiente en estas instituciones americanas. Dada la situación científica e industrial de los Estados Unidos en principio no debería extrañar esta vinculación. Pero también es cierto que el ecologismo europeo debe mantener sus posiciones críticas y su prudencia para evitar instrumentaciones procedentes de los sectores más reformistas. La estrategia internacional de los "Amigos de la Tierra" ha sido contestada en limitadas ocasiones por los europeos. En la reunión anual celebrada en Frankfurt en octubre de

---

<sup>5</sup> Joan Senent-Josa, "Biocidio en Vietnam", *Triunfo*, 19-2-1972.



1978, a la que asistió el fundador de la organización, David Brower, así como el coordinador internacional, David Chatfield, los holandeses, belgas, suizos, catalanes y castellanos manifestaron duras críticas a la falta de democracia interna y a los pactos que algunos ecologistas querían establecer con organismos oficiales a propósito del “Día del Sol”. Los americanos no entendían tampoco la razón por la que los catalanes exigían una representación al mismo nivel que la solicitada por los madrileños, y no comprendían el fenómeno de las luchas nacionalistas que impedía una representación única. En Frankfurt, como en Gothenburg, en 1979, se evidenciaron diversas corrientes en el seno de esta red internacional que finalmente logró establecer una delegación en Madrid. Las dificultades de una aceptación mayoritaria de esta exportación del ecologismo norteamericano, que incluso ha logrado tener una sede en Yugoslavia, parten de las vinculaciones de algunos de los líderes californianos con los departamentos de la Casa Blanca y las campanas de algunos senadores demócratas. Un ejemplo de este ecologismo reformista lo da el gobernador de California, Jerry Brown, quien ha tomado la palabra en numerosas marchas antinucleares (lo hizo también en la concentración frente a la Casa Blanca tras el accidente de Three Mile Island), el matrimonio Jane Fonda y Tom Hayden; el abogado de los consumidores, Ralph Nader; el economista Amory Lovins o el profesor Denis Hayes, líder de la energía solar, a quien el presidente Carter ha gratificado poniéndole de director del *Solar Energy Research Institute*. Entre los miembros del consejo asesor de los “Amigos de la Tierra” americanos encontramos a los artistas de cine Candice Bergen, Joanne Woodward y Paul Newman, así como al presidente del Club de Roma, Aurelio Peccei. La táctica de esta organización es colaborar con los organismos oficiales e instituciones siempre y cuando se pueda realizar una labor ecológica. También bailamos a destacados militantes en organismos de las Naciones Unidas, tanto en Nueva York (Conferencia del Derecho del Mar), Nairobi (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente), Bruselas (CEE/Departamento Europeo del Medio Ambiente) o Londres (Conferencia Ballenera Internacional/Greenpeace), así como en numerosas conferencias internacionales (Viena, Argentina, Vancouver, Estocolmo y Salzburgo). Parece pues coherente que la estrategia de las delegaciones de “Amigos de la Tierra” mantenga una actitud semejante en sus respectivos territorios. La ingerencia de estos grupos vinculados con las Naciones Unidas ha servido para que se iniciara la contestación ecológica en países “subdesarrollados”. Gracias a ello la política alimentaria de la multinacional Nestlé en África ha logrado ser divulgada en todo el mundo. Otro caso es el del movimiento “chipko” surgido en los Himalaya de la India en 1960 como oposición a las operaciones de tala de bosques que el gobierno inició en la zona. En 1973, el movimiento había impedido eficazmente la tala de la región de Uttarakhand por la simple táctica de hacer que los aldeanos se abrazaran a los árboles marcados por la tala de tal modo que no se les pudiera abatir ni tocarlos.

Movimientos contra la deforestación se han dado también en Malasia a través de la Sociedad Malaya de Protección del Medio Ambiente y en la selva del Amazonas a través de campanas de la Associação Gaucha de Proteção do Ambiente Natural. Los ecologistas de las NN. UU. han ayudado a que se constituyera la Asociación de Consumidores de Penang en Malasia y el Grupo Ecológico Tolima que ha potenciado campañas contra los insecticidas y las fábricas de celulosa en Colombia. Desde el Centro de Enlace para el Medio Ambiente de Nairobi, en Kenia, se lleva a cabo la coordinación de una política ecológica e informativa dirigida a los países “pobres”.

En una línea más radical se encuentran los grupos y alianzas que reclaman la desmilitarización de la industria solar y que se han decidido últimamente por la acción directa contra la instalación de centrales nucleares. Entre ellos está la Clamshell Alliance, coalición nacida en 1977 tras las intervenciones policiales y la represión ejercida contra los opositores a la central de Seabrook. Asimismo existen grupos que trabajan junto a las tribus indias para defender sus terrenos contra el riesgo de la minería de uranio, minorías de marginados y centenares de colectivos feministas que promueven actos conjuntos de desobediencia civil. Uno de los colectivos feministas más destacados es el de Boston, que ha editado un libro que ha alcanzado récords de lectura: *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*.

Entre las últimas acciones de protesta del movimiento ecologista y antinuclear americano se encuentran la campana contra el reactor de neutrones rápidos de Clinch River; la movilización para apoyar la destitución de James Schlesinger, ex secretario para la Energía; la campana de defensa de la Antártida y contra el exterminio de ballenas y el boicot a la exportación de reactores nucleares a Filipinas. La influencia, pues, de la línea “verde” americana es incuestionable, aunque las estrategias, tácticas y posiciones políticas del ecologismo europeo mantengan una clara autonomía.

Los ecologistas se han ido extendiendo, a excepción del bloque comunista, por todo el mundo, manifestándose en diferentes niveles y tácticas. En Australia, por ejemplo, la actuación de los “verdes” ha sido decisiva para impedir las explotaciones uraníferas en las reservas aborígenes del norte. El grupo MAUM (Movement Against Uranium Mining) logró presionar al parlamento para que se evitara la expoliación del Parque Natural de Kakadú y ha elaborado importantes estudios científicos sobre los efectos de la polución

radiactiva de las minas. Otra trascendental aportación del movimiento australiano ha sido su vinculación con los sindicatos, las *trade unions*, con el objeto de impulsar *huelgas verdes*. Lejos de puras reivindicaciones economicistas, estos sindicatos llegaron a efectuar cuarenta huelgas en cuatro años para impedir la destrucción de espacios naturales por centrales nucleares y minas de uranio. Australia posee más del 20 % de las reservas mundiales conocidas de uranio, y en un próximo futuro podría producir casi el 25 % de la demanda de octóxido de trituranio de occidente. Sin embargo, tanto el sindicato Amalgamated Metal Workers como el Shipwrights Union, el más numeroso del país, han manifestado que se opondrán activamente al desarrollo del sector nuclear. Una experiencia parecida a las *huelgas verdes* australianas se ha iniciado en Francia a raíz de las fisuras aparecidas en los reactores nucleares de Tricastin y Gravelines. La C.F.D.T. (*Confédération Française du Travail*), sindicato de tendencia socialista autogestionaria, llevó a cabo varias huelgas para exigir seguridad y protección de los trabajadores de los centros nucleares.

La solidaridad internacional ha sido un instrumento eficaz de coordinación. Así, se han organizado acciones internacionales para impedir la construcción de centrales nucleares, como el caso de las centrales de Niederaichbach, en Alemania Federal, Belleville y Fessenheim, en Francia, así como contra los centros de retratamiento de La Hague y Gorleben. Otra de las características ha sido su vinculación con el movimiento popular, por lo que se han podido organizar grandes concentraciones, como las de Whyll, Grohnde y Brockdorf, en Alemania Federal, Lemóniz en Euzkadi, Creys Malville en Francia y Narita en Japón.

Las campanas de desobediencia civil, la respuesta que requiere más concienciación e información, han comenzado a ser consideradas también como una táctica eficaz contra la nucleocracia y las grandes multinacionales. En Francia hay que citar el movimiento contra el campo militar de Larzac y el boicot a la Shell después de la catástrofe del Amoco-Cádiz que destruyó trescientos kilómetros de costas bretonas. En Italia el impago de tarifas eléctricas y de autobuses; en Euzkadi los apagones de luz de pueblos enteros y la desdomiciliación bancaria del pago de tarifas eléctricas a Iberduero. Para impedir los proyectos hidráulicos de Okla y Alta los ecologistas noruegos y la organización Acción Ecológica Europea han iniciado una propaganda solicitando el boicot turístico.

Pero existen acciones autónomas mucho más radicales, como los atentados contra las compañías de informática, en Francia; los sabotajes a la central de Lemóniz, en Euzkadi, o las talas de eucaliptus en Catalunya como respuesta a la política forestal en favor de las industrias papeleras. Ocupaciones pacíficas en los lugares previstos para proyectos nucleares forman parte de las ecoestrategias a otro nivel. Hay muchos casos que han triunfado, otros que han servido para sensibilizar. Las ocupaciones de los terrenos destinados a un depósito subterráneo y a una planta de reprocesamiento de residuos en Gorleben, Baja Sajonia, así como de la zona donde iba a construirse la central de Escatrón por los agricultores del Bajo Aragón; de Gerstheim, en la Alsacia francesa; de las marismas (*aiguamolls*) del Ampurdán, en Gerona; de las playas del Bordigó, en el Rosellón; de la zona volcánica de la Garrotxa, en Catalunya.

El deseo de llamar la atención a la opinión internacional sobre las *megatecnologías*, el hambre en el mundo y la proliferación atómica ha motivado que centenares de científicos vinculados al movimiento se pronuncien contra la Agencia Europea de Armamento, el superregenerador de Creys-Malville y el acelerador de partículas de la CERN en Ginebra.

La actitud constructiva se ha visto reflejada especialmente en los grupos de promoción de las energías renovables (solar, eólica, geotérmica...) y en el aprovechamiento de la biomasa. En este campo caben destacar el proyecto Alter, del grupo francés Bellevue; los planes energéticos elaborados por los "Amigos de la Tierra" en toda Europa; la campana que terminó con la construcción del aerogenerador de Tvind, en Dinamarca; la organización del *Sun Day* y el empleo del biogás impulsado por los practicantes de la agricultura biológica. En este mismo aspecto de línea alternativa se inscriben las acciones sindicales llevadas a cabo en California para reconvertir industrias militares e industrias de tecnologías blandas. Una de las alternativas más ejemplares en la reconversión de industrias de armamentos la dieron los trabajadores de la multinacional británica Lucas *Aerospace Limited*.<sup>6</sup> Esta empresa, que participó en la construcción del cohete Apolo y aviones de combate como el Jaguar y el MRCA, cayó en una crisis irreversible en 1973, tras las presiones ejercidas por la aeronáutica norteamericana. Los operarios despedidos lograron hacerse con el control de la industria e iniciaron una reconversión sin precedentes. El plan trazado consiste en fabricar componentes domésticos de baja concentración energética, transportes colectivos y tecnologías de células de combustible.

El riesgo de no quedar sometidos a un ghetto por las formaciones políticas clásicas ha hecho que los ecologistas se decidieran a entrar en el juego electoral. Esta decisión, no aceptada por sectores libertarios y contraculturales, ha supuesto sin embargo una dinamización importante de los objetivos y ha clarificado el

---

<sup>6</sup> "Lucas, una experiencia a tener en cuenta", *Alfalfa*, noviembre, 1977.

mensaje de los “verdes” ante la opinión pública. En 1974 los ecologistas franceses presentaron al agrónomo René Dumont a las elecciones presidenciales obteniendo en 1,32 % del sufragio; en las municipales de 1977 la candidatura *Paris-Ecologie* logró alcanzar el 11 %. Cuatro ecologistas alemanes han entrado en el parlamento regional de Bremen, en Alemania Federal, amenazando por primera vez el equilibrio entre los grandes partidos. Durante las elecciones al Parlamento europeo se presentaron varias candidaturas ecologistas en los diferentes países de la CEE. ¿Se trataba de una contradicción? Simplemente se aprovechó la campana electoral para denunciar la CEE, exigir la desaparición de EURATOM, criticar el crecimiento exponencial, la polución del Rhin y del Ródano, el hambre en el mundo y la carrera de armamentos. En las elecciones presidenciales de 1981 los ecologistas franceses presentarán un candidato intentando nuevamente la dinamización de la sociedad en favor de su causa.

En algunos países, como Gran Bretaña, se han constituido partidos ecológicos; en otros, como Italia, la configuración electoral de los ecologistas y las feministas toma el cariz de un partido radical. En Catalunya, un sector del movimiento ecologista introdujo una táctica no iniciada aún en Europa: vincularse a una coalición nacionalista radical en las elecciones al *Parlament*. En circunscripciones como Gerona logró casi el 3 % del sufragio.

Pero incluso manteniéndose al margen de la arena política los ecologistas están logrando poner en aprietos a los partidos políticos y a los gobiernos. Las campanas antinucleares fueron la causa de la derrota de la socialdemocracia sueca en 1976. El partido de Olof Palme tuvo que aceptar la convocatoria de un referéndum nuclear que se celebró en marzo de 1980 y en el que, a pesar de las diversas opciones que se ofrecían al electorado, las fuerzas antinucleares obtuvieron el 38,6 %. En Austria los antinucleares forzaron al Gobierno para que decretara otro referéndum, que tuvo lugar el 5 de noviembre de 1978, y que supuso una gran victoria ecologista: el electorado se pronunció en un 64 % contra la instalación de reactores atómicos.

El 18 de febrero de 1980 Suiza decidió también su suerte en materia energética a través de las urnas. Los antinucleares salieron derrotados por sólo 45.321 votos de diferencia, habiendo tenido que enfrentarse con una espectacular campana publicitaria del Gobierno. Nuevos referéndums van a tener lugar en los próximos años, uno de ellos quizás en Euzkadi sobre la central de Lemóniz y posiblemente también en Catalunya.

Nadie puede evitar ya el protagonismo de este premovimiento social. Los ecologistas aparecen en todas partes, surgen como setas en los lugares más inhóspitos, dispuestos a salvar lo insalvable, empeñados en ganar el último combate por la vida; creando una nueva forma de hacer política, acercándola a la vida cotidiana, fomentando lo que será en el futuro un gran sindicato de *cuadro de vida*. En Alemania Federal, por señalar una realidad elocuente, una organización de carácter ecologista, los *burgerinitiativen*, comités de defensa cívica, son hoy por hoy el grupo de presión más importante del país.

### *NUESTRO CASO...*

Analizar el nacimiento, evolución y estado actual del movimiento ecologista en el Estado español supondría un trabajo minucioso y amplio, que algún día será necesario emprender con rigor para clarificar posiciones. Compararlo con las estructuras y formas organizativas que ha tomado en otros países europeos sería un error sociológico imperdonable. Habrá pues que pronunciarse con mucho tiento para no caer en conclusiones cerradas, superficiales o dogmáticas. En principio porque el ecologismo en nuestro país, visto desde la óptica de las distintas nacionalidades, no ha alcanzado aún su fase de madurez y se mantiene en una nebulosa donde se mezclan ideologías, desengaños de militantes procedentes de pasados políticos diversos, esperanzas de grupos autónomos y libertarios, tendencias nacionalistas radicales y, lamentablemente, querellas personales.

El fenómeno ecologista es reciente, aunque ya durante la dictadura franquista algunas individualidades y grupos de resistencia antinuclear introdujeron la crítica al modelo desarrollista impulsado por la política de liberalización económica. Así, hay que recordar el papel de la Asociación Española para la Ordenación del Medio Ambiente (AEORMA), núcleo de contactos en el que militaron algunos de los más destacados ecologistas; asociaciones populares como Defensa de los Intereses del Bajo Aragón (DEIBA) y DEIBATE, surgidas como respuesta a las agresiones industriales perpetradas al agro aragonés. También debemos mencionar a la Comisión de Afectados del Río Cinca (COACINCA), la lucha de los antinucleares en los pueblos de Ametlla de Mar y Ascó, en Tarragona, y los núcleos que constituirían la Comisión de Defensa de una Costa Vasca no nuclear. Las reuniones, asambleas, actos informativos e intentos de manifestación de estas organizaciones fueron duramente reprimidos y sus protagonistas controlados por la policía fascista.

Sería injusto no citar el papel desempeñado por hombres como Carlos Carrasco Muñoz de Vera, Pedro Costa Morata, Mario Gaviria, Florencio Repollés, José Aliando, Miquel Redorat, Joan Carranza, la familia Rebull y otros como ellos gracias a cuya capacidad de trabajo y de sacrificio se iniciaron las primeras informaciones críticas sobre la energía nuclear. En plena vigencia de los Planes de Desarrollo promovidos por los tecnócratas del Opus Dei al servicio del Banco Mundial, y en plena inauguración de la “era atómica española”, tal como fue bautizada por el Caudillo, no era nada fácil introducir una agitación contraria a los intereses de los padres del “milagro español”. En Catalunya, donde la burguesía financiera se había vinculado al franquismo para llevar a cabo la electrificación y nuclearización del país, las luchas antinucleares de las tierras del Ebro eran despreciadas como “incultas” e “irracionales”, contrarias al “progreso” y al “bienestar” de los catalanes.

Las cartillas de racionamiento estaban aún en la mente de muchos ciudadanos. Los medios de comunicación eran recelosos ante unos movimientos que parecían estar anclados en el pasado y en el subdesarrollo. Incluso se llegó a escribir que los antinucleares querían volver a la época del candil. La oposición al franquismo despreció en la clandestinidad la ideología de este movimiento probablemente porque creía que el mal no estaba en el modelo industrial en sí mismo sino en quien lo controlaba. Y así se esperó al amanecer de la democracia. Tuvo que ser la propia población afectada por las consecuencias de la contaminación y la degradación de las condiciones de vida y de trabajo quien empezara a desconfiar de la máquina, fuese quien fuese el grupo político que la condujera. En este papel de pedagogía social y concienciación los grupos ecologistas tuvieron y tienen un papel profético. Nadie puede negar este protagonismo histórico, constituido por encima de los partidos políticos surgidos tras la muerte de Franco, y que enfrenta a la población contra los tecnócratas que desde los consejos de administración de grandes bancos y empresas multinacionales imponen las formas de vida y consumo.

Paro tampoco hay que mitificar el movimiento ecologista como si se tratara de una verdad absoluta o una secta mesiánica, sin contradicciones internas y externas. Nos encontramos ante un pre-movimiento social desorganizado, ahogado por pequeñas luchas internas, succionado por los partidos políticos de izquierdas y con graves dificultades para expresarse a nivel ideológico y táctico. A esta situación se ha llegado con una cierta rapidez, fruto del éxito repentino y la simpatía generalizada que ha despertado la ecología en amplios sectores de la población.

El *boom* ecologista que pilló organizados a los grupos franceses, alemanes o belgas, se ha producido a finales de los años setenta en el Estado español sin que existiera una plataforma conjunta, un intento de estrategia unitaria, unas mínimas infraestructuras informativas. Claro está, esta situación tiene también sus razones.

Desde un principio la punta de lanza del ecologismo fue la lucha antinuclear. Los movimientos de oposición a las centrales de Lemóniz, Cofrentes, Ascó, Vandellós y Ametlla de Mar han cristalizado el interés de la población. Sin embargo estos movimientos, iniciados a través de una protesta de agricultores, pescadores o vecinos, no se definieron como ecológicos o ecologistas. El miedo biológico, el peligro a las radiaciones, conocidas las consecuencias de las bombas atómicas, motivaba la rebelión.

La credibilidad de la información suministrada por los antinucleares ha sido una batalla que dificulta aún su conexión con el pueblo e impide la extensión de la lucha. Los impedimentos para lograr esta confianza son comprensibles, y en ellos debemos basarnos para admitir la diferencia existente entre nuestro ecologismo y el de otros países industrializados. Después de casi cuarenta años de dictadura, de represión informativa, de colonización cultural y de subdesarrollo científico, no puede resultar sencillo introducir una contestación contra el complejo atómico, considerado por el Estado como un bien supremo del avance técnico-científico de la Humanidad. Las consecuencias biológicas de las explosiones atómicas, de la guerra bacteriológica del Vietnam y de las sustancias químicas en el ciclo alimenticio, motivaron declaraciones públicas de centenares de científicos (la carta de los “400” en Francia contra la energía nuclear). Pero en nuestro país la respuesta de los sectores científicos fue casi nula. La inexistencia de un apoyo científico es lo que ha permitido que se recluyera al movimiento ecologista en un triste *ghetto*, a pesar de que sus reivindicaciones han impulsado a docenas de miles de personas a salir a la calle para manifestar su solidaridad. Convencidos del poder del Estado y de la debilidad de la oposición para introducir un nuevo discurso energético, los economistas, sociólogos, ingenieros, químicos y filósofos no han querido ser “perdedores” y han preferido mantenerse en el anonimato e incluso en la complicidad. Lo que no quiere decir que en los próximos años no surjan posiciones más nítidas y comprometidas a cargo de las nuevas generaciones.

Otro factor que es preciso considerar es el desengaño experimentado en los países europeos por miles de hombres y mujeres de izquierdas, fenómeno que aún no se ha producido aquí. Este hecho sociológico europeo ha motivado la desobediencia hacia la política electoralista y ha incrementado la

militancia en organismos de base donde se aplica la democracia directa y la política de lo cotidiano. Por otra parte los efectos ideológicos del Mayo del 68 se hicieron sentir con más fuerza en la Europa neocapitalista que en nuestro país, sometido por la dictadura militar.

Es previsible que la política de consenso y la poca creatividad de los políticos para enfrentarse a los problemas económicos y energéticos facilitarán el despegue del ecologismo. Pero faltan todavía algunos años más de desengaños. Antes de pasarse a un movimiento como el ecologista, desorganizado y sin estrategia política definida, muchos militantes socialistas y comunistas prefieren mantenerse en sus respectivos partidos, esperando ingenuamente que el consejo ejecutivo asuma las reivindicaciones de los “verdes”. Mientras, el ala libertaria del ecologismo, que debería ser consciente de que tiene en sus manos una alternativa socioeconómica subversiva contra el Estado, se mantiene dispersa y con escasa voluntad de tomar la iniciativa. A principios de los ochenta se ha iniciado un avance importante de las tendencias marxistas-leninistas que pregonan el comunismo sin crecimiento los socialistas? Bien, gracias, perdiendo las oportunidades teóricas que ofrece el ecologismo, y perdiendo también militantes. Los eurocomunistas, más hábiles, declaran en sus congresos la necesidad de promocionar la lucha antinuclear y feminista. En este avance teórico se encuentra la estrategia del Partido Radical patrocinada por el PTE, la creación de comisiones de medio ambiente y ecología en el PCE y PSUC; el acercamiento de las tesis marxistas-leninistas al ecologismo desde plataformas informativas como las de *Transición*, *Mientras Tanto* y *El Viejo Topo*. Sin embargo ésta es una asimilación dirigida a las bases de la izquierda parlamentaria, ya que en los debates en el Congreso las “figuras” mantienen la compostura.

¿Y la “derecha”? No está haciendo nada para llevar el potencial del mensaje ecologista a su molino? Evidente. El intento de consolidar un Partido Ecológico, que llegó a inscribirse en el registro oficial de partidos y a presentar una candidatura en Madrid durante las primeras elecciones legislativas, fue el primer aviso. La manobra no tuvo éxito al ser denunciada a tiempo por la entonces existente coordinadora ecologista. Últimamente el gobierno Suárez ha tratado de integrar la sensibilización por la defensa del medio ambiente participando activamente en la Conferencia para la Protección del Mediterráneo, presentando al Parlamento la Estrategia Mundial para la Conservación y redactando una Ley General del Medio Ambiente (que se ha convertido en el parto de los montes).

A finales de 1980 la situación actual del movimiento ecologista, desde un punto de vista ideológico y táctico, aparece confusa, lo que no quiere decir que semejante coyuntura no pueda ser dentro de poco superada. La nebulosa ecologista posee como único documento unitario los principios de Daimiel, aprobados en una asamblea de la ex Federación del Movimiento Ecologista celebrada el 25 de julio de 1978. Este documento-manifiesto, aceptado por la mayoría de asambleas comarcales y nacionales, define tres principios de confluencia: 1) Oposición al actual modelo de crecimiento económico basado en la maximalización del PNB y las energías duras. 2) Lucha contra la proliferación nuclear, tanto para usos civiles como militares. 3) Aceptación de la autogestión como forma de transformar la sociedad y la organización del trabajo. En uno de los puntos de los principios de Daimiel se afirma: “Los ecologistas nos declaramos en favor de las energías libres y en contra de la nuclearización militar y civil en la medida que supone más allá de un indudable riesgo por la vida, un modelo de sociedad militarizada, monopolística, policíaca, ultrajerárquica, incompatible con la idea de autogestión y autonomía”. En este documento se asume también el combate internacional por la defensa de una vida lúdica y creativa, en colaboración con la Naturaleza.<sup>7</sup>

El inicio de la coordinación de los grupos ecologistas del Estado español se había producido en una reunión celebrada en La Granja-Valsaín, Segovia, en junio de 1977. El 17 de septiembre del mismo año se convocó un Congreso constituyente en Cercedilla del que surgió la Federación, aunque debido a dificultades de legalización se consideró más bien una Coordinadora o Asamblea. Esta mínima estructura organizativa, tras varias reuniones anuales, terminó por autodisolverse. Las razones del fracaso fueron diversas y de una complejidad difícil de analizar con brevedad. Entre las más claras figura el abstencionismo de muchos grupos ecologistas que preferían una organización descentralizada y una plena autonomía de acción en sus respectivas nacionalidades. Los grupos antinucleares y ecologistas de Euzkadi, por ejemplo, no llegaron nunca a participar activamente en la construcción de la Federación. También desde Catalunya se veía con recelo esta mínima estructura. Los recelos, algunas veces injustos, eran promovidos por ecologistas vinculados a grupos políticos independentistas o nacionalistas. Otras de las causas que hay que alegar fueron las controversias, agudizadas en Daimiel, entre grupos ambientalistas y proteccionistas con los sectores más partidarios de que se definiera un modelo de sociedad ecológica y se actuara políticamente. En realidad ambos sectores, como se ha demostrado en Francia y Alemania, cuando se presenta una opción electoral

---

<sup>7</sup> “Los Principios de Daimiel”, *Userda/Revista Ecologista de Catalunya*, noviembre, 1978. Xavier Garcia, Jaume Reixac, Santiago Vilanova, *El combat ecologista a Catalunya*, Edicions 61, 1979.

están condenados a entenderse. No hubo pues flexibilidad para unir estas dos indispensables vertientes de la lucha ecologista, perdiéndose así una ocasión única. Finalmente habría que admitir una escasa disposición por parte de las secretarías de la ex Federación, una desempeñada por DEPANA junto a otros grupos catalanes y otra por ANDALUS y AGADEN, incapaces de dinamizar la infraestructura económica para lograr una comunicación eficaz entre todos los grupos del Estado español. Las querellas individuales tampoco estuvieron oportunas.

Es de esperar que no se tarde en reflexionar sobre este error y se vuelva a replantear la estructura organizativa, esta vez quizá partiendo de una simple coordinación de las asambleas ecologistas ya constituidas en las diferentes nacionalidades y regiones.

Durante este vacío el movimiento ecologista se ha comunicado a través de boletines y de la coordinación mantenida entre los grupos específicamente antinucleares, ofreciendo si no una imagen de coherencia ideológica sí una voluntad unitaria de promover acciones puntuales contra la nuclearización. Las relaciones con los grupos anti OTAN o anti militaristas ha significado una nueva aportación de subversión contra el complejo militar-industrial. En el frente antinuclear hay que destacar la capacidad organizativa de los comités antinucleares vascos, verdaderos promotores de ideas: campanas de desdomiciliación bancaria de los recibos de la luz, apagones masivos, marchas en bicicleta, presiones sobre los partidos abertzales. La tendencia libertaria parece hallarse en la cabeza de la estrategia en Euzkadi, especialmente a través del colectivo Askatasuna y los comités antinucleares de Donostia y Bilbao. En esta misma tendencia se han consolidado infraestructuras informativas como las del colectivo Userda, en Catalunya, y las revistas *El Ecologista*, *Bicicleta* y *Ozono*.

Tras la disolución de la Federación y aprovechando el desconcierto organizativo aparece la delegación de "Amigos de la Tierra", dentro de AEPDEN, una asociación ambientalista-ecologista madrileña que ha conseguido un notable crédito en pocos años. "Amigos de la Tierra" intenta extender su red a toda la península buscando el espacio dejado por la Federación. Pero la operación, a pesar de la capacidad de sus promotores, no ha logrado aún consolidarse. AEPDEN por su parte decide desvincularse de "Amigos de la Tierra" por fricciones internas. La presencia de "Amigos de la Tierra", que cumple ciertamente un papel de divulgación importante, no es reconocida como instrumento aglutinante para reorganizar de nuevo el movimiento ecologista. Entre otras cosas porque sigue manteniendo las suspicacias de las comarcas y nacionalidades respecto de una política de salones y ministerios madrileños.

En los próximos años el movimiento ecologista irá tomando cuerpo en las respectivas nacionalidades adaptándose a la realidad social y política autóctonas y ajustando sus estrategias a la misma. El deseo de autonomía local, el control de los recursos naturales, el mantenimiento de la lengua y de las tradiciones son elementos a partir de los cuales ecologistas y nacionalistas radicales encontrarán entendimientos y voluntades comunes. Pero tampoco hay que esperar que esta coincidencia sea prematura o precipitada. Será necesario un profundo análisis sobre el papel de los estados-nación, sobre el complejo atómico y energético. En cualquier caso los ecologistas deberán encontrar la fórmula para superar el estancamiento enfrentándose con las grandes opciones de futuro: participación o no en el juego político clásico, puesta en práctica de alternativas, incidencia en la sociedad civil, en los sindicatos y en el movimiento popular.

Si tornamos conciencia de que nada podemos esperar de los partidos de "izquierda" cuando llegue lo peor, los ecologistas son la única esperanza en la sociedad post-industrial. Los sindicatos de *cuadro de vida* y los movimientos sociales son el futuro; los sindicatos productivistas y los partidos políticos son categorías históricas en vías de extinción. En esta visión coincide también el estudio de Dominique Simonnet, por lo que considero que *El ecologismo* era una traducción tan indispensable como urgente. Pienso que su lectura será clarificadora para quienes se acercan por primera vez al ecologismo, estimulará a los militantes y resolverá incógnitas a quienes ven en nuestra lucha el fantasma de lo quimérico, e incluso de lo "reaccionario". Esta larga reflexión de una mujer ecologista tiene la virtud de justificar el que podamos ser marrana, ya empezamos a serlo hoy, la única alternativa de cambio social.

SANTIAGO VILANOVA

*Barcelona, 15 de junio de 1980.*

---

# INTRODUCCIÓN

## EL ROMPECABEZAS ECOLOGISTA

Flores hermosas, pajaritos... De todas las interpretaciones de que ha sido objeto el movimiento ecologista, la imagen bucólica ha sido la más notoria. Unos han creído ver en los ecologistas nuevos seguidores de Rousseau de la era industrial o herederos de Epicuro predicando el ascetismo bajo la pálida luz de la crisis económica; otros únicamente han observado una serie de comportamientos estereotipados o la apología del retorno a una tierra mítica y a un mundo silvestre idealizado. En todas las acepciones parciales del fenómeno, la palabra “ecologista” ha estado ligada irremediablemente a “naturaleza”; y, en el lenguaje corriente, se ha vuelto casi sinónimo de “natural”: ecologista, el que se alimenta de productos biológicos; ecologista, la que se viste con telas “hechas a mano”; ecologistas, los que crían algunos corderos en una colina pedregosa; ecologista, el jardinero; ecologista, el artesano; ecologista, el ciclista.

La irrupción del movimiento ecologista en la escena política francesa en 1977 ha producido un efecto de moda que ha ocultado su pensamiento profundo para dejar entrever únicamente sus planteamientos superficiales. Defensa de la naturaleza, calidad de vida, protección del medio ambiente; estos conceptos recientes no forman sino el envoltorio de la realidad ecologista. Esta presenta múltiples facetas que hay que interpretar a la vez bajo una misma luz para comprender su coherencia. Una disciplina científica, una teoría crítica de la economía, un análisis de la sociedad industrial, esbozos de propuestas políticas, una sensibilidad moral, un movimiento social, cierta alegría de vivir, y también el placer de contemplar una flor hermosa y un pajarito... así es el rompecabezas ecologista.

Para desenredar esta madeja de definiciones hay que seguir previamente la corta historia de la palabra “ecología”. Fue inventada hacia 1866 por un biólogo alemán, Ernst Haeckel, que unió dos raíces griegas: *oikos* (la casa) y *logia* (el discurso). Etimológicamente “ciencia del habitat”, la ecología es por lo tanto una rama de la biología que estudia las interacciones entre los seres vivos y su entorno.

Nada predisponía esta nueva disciplina a un futuro social. Quién hubiera imaginado por ejemplo que pudiera haber un movimiento biologista o militantes psicológicos? La ideología fue sin embargo la suerte de la ecología. La ciencia no ha sido desnaturalizada en la misma medida, hubiera sido el colmo para una ciencia de la naturaleza. Pero ha contribuido a la formación de una corriente de pensamiento y de un movimiento sociopolítico.

Estudiando los equilibrios naturales, la ecología se apercibió de su creciente degradación. Desde hace algunos decenios el desarrollo de las sociedades industriales ha modificado profundamente el medio ambiente planetario. Poluciones, desapariciones de especies, agotamiento de los recursos, hambre en el Tercer Mundo, angustia de vivir en las sociedades occidentales; tales fueron para los ecologistas científicos los síntomas de una crisis ecológica.

La ecología ha recordado la evidencia: el hombre no puede actuar ilimitadamente sobre su medio sin sufrir las consecuencias en un plazo más o menos largo. En mayor o menor medida la especie humana forma parte de la Naturaleza, no puede sustraerse a ella. Y a ojos de los naturalistas, el hombre está serrando la rama sobre la cual está sentado.

De este modo, más allá de la biología nació la noción de protección de la naturaleza. Como efecto de un refinamiento de esta conciencia ecológica las ciencias biológicas apelaron a las ciencias humanas: la etnología denunció la “descivilización” perpetrada por los occidentales contra las etnias y las culturas minoritarias; la demografía se enfrentó al crecimiento mundial galopante y a las superpoblaciones; la sociología se mezcló en ello juzgando a la sociedad “contra natura” y al hombre occidental “domesticado”; las palabras naturaleza, ciencias, técnicas iluminaron a la filosofía, que enriqueció sus viejos debates con estas nuevas categorías.

Esta eclosión cultural invadió la economía y la política, dos dominios clave de la sociedad industrial, donde se buscaron las causas de la crisis ecológica. Una ecología política interpeló a la economía política; y paralelamente, en el tejido social una nueva corriente de pensamiento y acción apoyada en estos análisis vio la luz en los años 70: los ecologistas. El nombre es ambiguo puesto que no designa esta vez a científicos, sino a militantes que no dudan en intervenir en el campo político.

No nos engañemos, el movimiento ecologista no nació de una trasposición del análisis biológico al discurso político. Es cierto que ha madurado sobre comprobaciones y enseñanzas de la ciencia ecológica, pero sus raíces son más profundas y más extensas: es el punto de confluencia de diferentes corrientes sociales que han descubierto aspiraciones comunes y han bebido en la fuente de múltiples teóricos. Su discurso no duda en insinuarse en dominios económicos, políticos y filosóficos.

En el debate ideológico los ecologistas han aparecido con el doble aspecto de un elemento político autónomo y de un movimiento social que intenta desglosar la sociedad en otras realidades: las actividades humanas ya no se reducen sólo a las relaciones de producción; la ecología política saca al *homo economicus* de su marco restringido de trabajador-consumidor para considerarlo como un ser único dotado de deseos y cultura. La noción de estar mejor se opone a la de tener más, el progreso social al crecimiento económico. Los ecologistas no se interrogan únicamente sobre la propiedad de los medios de producción sino también sobre su naturaleza y desarrollo.

Estos conceptos económicos se han situado en un discurso político. Aunque el movimiento ecologista no sea una entidad estructurada, desarrolla sin embargo aspiraciones difusas en algunos de cuyos elementos centrales se puede distinguir el esbozo de un deseo político: unidades de medida pequeñas, descentralización, autonomía regional... Estas propuestas condicionan la vida y la organización misma del movimiento ecologista; se inscriben sobre todo en un contexto cultural al margen de la ideología dominante y suscitan iniciativas “paralelas”, indiferentes al código social en vigor y que se esfuerzan en crear “aquí y ahora”, sin esperar una hipotética gran noche o un “marrana glorioso” como soñaba el izquierdismo.

El tercer carácter del movimiento ecologista queda a menudo oscurecido por los dos precedentes; es sin embargo el más profundo y el más sólido: una ideología ecologista ética y comportamiento al mismo tiempo, interviene en el doble campo filosófico del conocimiento y la acción. Pone profundamente en tela de juicio el determinismo científico y técnico que condiciona el desarrollo de las sociedades modernas, preguntándose sobre la influencia del pensamiento científico y sobre la de la tecnología en las elecciones de sociedad y modo de vida. El movimiento ecologista plantea ante todo el tema de la relación entre la naturaleza y la sociedad en un siglo en que el hombre “desnaturalizado”, encerrado en su función social, es la víctima principal de este antagonismo. Medita sobre las nociones de felicidad y libertad, disociando la primera de la abundancia y asociando la otra a la autonomía y formula al mismo tiempo una moral del comportamiento cotidiano considerando la sociedad desde el punto de vista de la naturaleza y el individuo.

¿Todo ello forma una nueva ideología o no es más que la transformación moderna de una vieja sensibilidad resurgida ante las dificultades contemporáneas? Ojalá pudiera el lector de estas páginas responder a tal pregunta. Tendrá que comprobar que la síntesis aquí realizada revela cierta especificidad. Para calificarla parece más apropiado el término “ecologismo” que el de “ecología”, que conviene reservar a la única designación de la ciencia. Del mismo modo, la palabra “ecologista” será utilizada a la vez como sustantivo para designar a los militantes del ecologismo y como adjetivo para calificar lo relativo al ecologismo.

Este nuevo “ismo” no se refiere a una doctrina unitaria, sino más bien a una síntesis evolutiva de la expresión de sensibilidades ecologistas. Y si su perfil ideológico aparece borroso, es porque está todavía en movimiento. Lo describiremos aquí con el acentuado factor imaginativo del observador que lo mira pasar en el paisaje social y con la firme subjetividad del autor que ha viajado con él.